

Por Eusebio Montecinos,
artista guariaca quien
la tapa y la contratapa
de este libro le otorgan
el mérito que quisieran
tener sus páginas.

Con el afecto de su
amigo.

José / Saco

1^o de febrero, 1989

Borges y su mundo

16-8-87

"Borges entre los nombres y el Nombre"

Por José Isaacson

(Fundación El Libro)

EN este breve pero denso análisis, el excelente ensayista y poeta argentino José Isaacson revela las pluralidades simbólicas que van más allá de lo que el título denota. Es decir, las infinitas modulaciones de los nombres, en ellos y en quien los pronuncia, pues como bien lo dice el autor: "El mundo de la literatura sólo puede ser el de las multánimes interpretaciones de ese mundo fluido e indefinible al que queremos aprehender".

El estudio comienza con una significativa alusión a los espejos. Compara los espejos borgeanos con los lorquianos. Según la poeta española Concha Zardoya, el espejo adopta la forma mítica de una puerta a través de la cual el alma puede liberarse, "pasando" al otro lado. No es otra cosa lo que muestra Lewis Carroll y, de alguna manera, tampoco lo es el mito de Narciso.

En Borges, el "Otro" es un reflejo alterado de sí mismo, pues al Borges ultraliterario y racional, se le opone según Isaacson, un *Borges excesivamente preocupado por la trascendencia, temeroso frente a la intemperie, que supone la vida que nos dieron y por eso, titubeante frente a los espejos, insobornables testigos del tiempo que nos tocó en suerte.*

En ese "Otro", cuyo reflejo somos, hay no obstante algo a lo que podemos aferrarnos: la palabra, arquetipo de la cosa. Aquí, Isaacson desarrolla su propia teoría con profundo conocimiento de la lingüística y, sin duda, también de la Cábala, la que tanto preocupara a Borges. Dice que las palabras pueden ser *genesíacas* o *cabalísticas*. Las primeras designaron las cosas antes de que existieran; las segundas son las cosas mismas. Lo que se afirma es que el vocablo posee un valor en sí y las representaciones que se apartan de esa única e insustituible noción, no serían sino divagaciones en torno de lo que el vocablo debiera decir. Agregamos que la palabra no sólo se ve como *simbolo*

JOSÉ ISAACSON



BORGES entre los nombres y el NOMBRE

sino como "Semeion" o *signo* de una idea.

Como una parábola borgeana, este deviene hacia "la filosofía como coordinación de palabras". Siguiendo la dialéctica de Borges, el autor extrapola el símbolo del laberinto y lo lleva al terreno alegórico, y así las palabras que tanto amara Borges se convierten en *objeto de desconfianza*.

En otra parte del ensayo, se afirma: "El escritor es el hombre que elige las palabras; el poeta es elegido por ellas". El Nombre obrará finalmente como una llave que abrirá la puerta del acercamiento hacia dos seres distantes en el tiempo y en el espacio: Dante y Kafka, en la forma magistral de elaborar la duda y la ambigüedad en el ejercicio de su arte. El Canto IV del Infierno habla de un castillo del que sus habitantes han sido excluidos por Dios. El Castillo de Kafka es la exclusión del individuo con respecto a sí mismo y su identidad.

En este sentido, elocuente es el cierre que propone Isaacson: "*Con Borges estamos siempre en plena literatura; una trama intertextual suele ser el excluyente contexto de los textos borgeanos. Kafka, en cambio, igualmente obsesionado por la escritura, es nutrido por el contexto social que le tocó vivir y la dramática carga de sus textos se inserta en la historia*". (72 páginas. El libro mereció el premio FAIGA).

Elizabeth Azcona Cranwell

(c) LA NACIÓN